

último, la tercera está representada por un *villa* imperial. Sin embargo, la Civita di Artena estaba ya ocupada desde finales del siglo VII a. C., según testimonio de abundante material cerámico, en especial bucchero.

Teniendo en cuenta que las excavaciones siguen en curso, en algunos puntos los resultados alcanzados se pueden calificar de formidables. Tal ocurre, por ejemplo, con los edificios y la planificación de la estructura urbanística, y sobre todo con el estudio de la alimentación de agua, articulada a partir de un sistema de cisternas y canales para recoger, almacenar y distribuir el agua de lluvia, única fuente de aprovisionamiento hídrico disponible. No obstante, también siguen sobre la mesa cuestiones —unas antiguas, otras nacidas de estas investigaciones— que quizá la continuación de los trabajos arqueológicos ayuden decisivamente a responder. Uno de los nuevos problemas planteados surge del hallazgo en una de las construcciones, concretamente en el llamado «Edificio público», de restos arquitectónicos de carácter cultural de no fácil interpretación, se trata de un altar y de una fosa, explicada en una primera aproximación por P. Fontaine con un *mundus* poniendo especial énfasis en su naturaleza cetonía; sin negar esta interpretación, sino más bien al contrario, la idea de que asimismo pueda tener un aspecto «funcional», no me parece que deba descartarse *a priori*, habida cuenta que en Roma el *mundus* presentaba a la vez connotaciones infernales, agrícolas y de fundación. Otro problema que futuras investigaciones deberán resolver es aquél referente a la fase arcaica del yacimiento, documentada por fragmentos cerámicos, como ya se ha indicado, pero también por terracotas arquitectónicas, datadas las más antiguas a finales del siglo VI y cuyo hallazgo señala por sí mismo la existencia de edificios. Sin duda alguna sí se pudiera saber con certeza el nombre antiguo de esta localidad, y a lo que en ningún momento se debe renunciar (cf. las pp. 168 y ss. de la citada obra de L. Quilici o las palabras que R. Lambrechts dedica a este mismo tema en el presente libro), nuestros conocimientos sobre la antigua «Artena» y sobre su significado en la historia del *Latium Vetus* estarían mucho más afianzados. Por todo ello, vaya desde aquí nuestro modesto apoyo a la labor magnífica que está realizando este equipo belga, con la esperanza de que nos siga proporcionando datos tan interesantes como los expuestos.

Jorge MARTÍNEZ-PINNA
(Universidad Complutense)

La grande Roma dei Tarquini. Catalogo della Mostra (a cura di Mauro Cristofani), Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1900, XIV + 294 pp., XXXII láms., ilustr. (ISBN 88-7062-684-9).

Durante los meses de junio a septiembre de 1990 ha tenido lugar en Roma una exposición cuyo catálogo, coordinado por el Prof. M. Cristofani, ahora presentamos. Se trata de un acontecimiento de enorme importancia para los estudiosos del Lacio arcaico, quienes, sin duda, encontrarán aquí un punto fundamental de referencia en sus investigaciones, continuación de la estela que en su momento dejó otra gran manifestación, *Civiltà del Lazio primitivo*, habida en Roma en el año 1976. A pesar de que el título —que parafrasea un célebre y «premonitorio» artículo de G. Pasquali— hace sólo referencia a Roma, los organizadores han tenido el buen criterio de incluir en la exposición materiales de las restantes áreas del Lacio, pues hace tiempo se demostró que la comprensión de la historia de la Roma primitiva y arcaica sólo es posible si se

encuadra en el marco más amplio de la cultura lacial, dentro de la cual el ejemplo se integra como un elemento más, aunque en ocasiones provisto de una mayor significación.

El catálogo se articula, pues, en dos grandes secciones según una diferenciación geográfica; Roma, por un lado, y las otras ciudades del Lacio, por otro. Tras unas páginas de introducción firmadas por M. Pallottino, verdadera «alma mater» de estas manifestaciones, viene la primera parte sobre la tradición histórica y los documentos, a cargo respectivamente de D. Musti y M. Cristofani. Ya propiamente centrado en Roma, un segundo apartado trata sobre el espacio urbano, en el que L. Quilici presenta un magnífico estado de la cuestión sobre el urbanismo de la Roma arcaica. Los capítulos que siguen hacen explícita referencia a zonas concretas de Roma, esto es a aquellas áreas donde la exploración arqueológica ha proporcionado mejores resultados y en general símbolos por otra parte de las más destacadas funciones urbanas desarrolladas por Roma, como son el Foro y el Capitolio, área política y cabeza religiosa de la comunidad cívica (F. Zevi); el Palatino, centro ideológico de la etapa preurbana, pero donde se han producido recientemente importantes descubrimientos arqueológicos (contribuciones de A. Carandini —cuya reconstrucción histórica y cultural me parece excesivamente aventurada— y de P. Pensabene), y por último el Foro Boario, zona empórica de la ciudad (G. Pisani Sartorio y A. Sommella Mura). Cerrando esta primera sección se introduce un capítulo que se ocupa de determinados aspectos de la cultura material (arquitectura y producción figurativa: M. Cristofani; materias primas, técnicas y tipos arquitectónicos: M. Rendeli; cerámica de importación: F. Gilotta).

La segunda sección centrada, como hemos visto, en el Lacio, sigue un criterio de organización geográfico. En primer lugar la exposición se ocupa de la región tiberina al norte de Roma y del área septentrional latina, con especial referencia a Antemnae (S. Quilici Gigli), Fidenae (eadem), Gabii (L. Quilici) y Praeneste (idem). El siguiente capítulo se centra en los núcleos de los Colli Albani y del territorio situado inmediatamente al sur de Roma, incluyendo Acqua Acetosa Laurentina (A. Bedini), Ficana (C. Pavolini), Lavinium (M. Guaitoli), Ardea (S. Quilici Gigli), Lanuvium (L. Quilici) y Velitrae (F. R. Fortunati). El tercer apartado abarca los territorios más meridionales del Lacio, tanto costeros como del interior, e incluye los centros de Valvisciolo (S. Quilici Gigli), Norba (eadem), Circei (L. Quilici), Signia (G. M. de Rossi), Anagnina (S. Gatti) y Satricum (S. Quilici Gigli). Finalmente esta segunda parte se concluye con un capítulo dedicado al culto a los muertos, destacando la contribución de A. Naso sobre la ideología funeraria en el Lacio arcaico.

Antes de terminar la exposición sobre las características de este catálogo, no puede faltar una breve reseña sobre la magnífica presentación del libro. El material ilustrativo es formidable, tanto en lo que se refiere a las numerosas fotografías de piezas y monumentos, como a los dibujos y planos, todo ello de gran calidad, que proporcionan un instrumento de enorme utilidad para la labor del investigador. Asimismo la bibliografía que cierra el volumen es muy completa dentro de la actualidad, aunque ciertamente limitada a las referencias señaladas por los diferentes autores. En suma se trata de un libro que, en mi opinión, marcará una época en los estudios sobre el Lacio primitivo y arcaico.

K. R. BRADLEY, *Slavery and Rebellion in the Roman world, 140 b.C.-70 b.C.* Londres, B. T. Batsford e Indiana (University Press), 1989, XIII + 186pp.

El propósito que Bradley se impuso al escribir este libro, según lo recoge en su prefacio (p. IX), era el de ofrecer un relato «conciso y coherente de tres importantes episodios en la historia de la esclavitud romana, situarlos en su contexto inmediato y, al mismo tiempo, vincularlos al trasfondo más amplio formado por los estudios sobre la esclavitud moderna». Vaya por delante que, sin duda, logra cumplirlo con brillantez, aunque, quizá, con un exceso de *excursus* apenas necesarios: sobre las fuentes de la esclavitud (pp. 20-26), sobre Séneca y la esclavitud (pp. 102-104), sobre magia y adivinación (p. 113-116) o sobre la organización del ejército romano (p. 106). Por una parte, el libro nos ofrece la crónica de los hechos, inteligente y hábilmente reconstruidos, mediante un análisis minucioso de las fuentes disponibles, escasas, contradictorias y, en general, muy poco fiables. Por otra, Bradley presenta también una interpretación de las rebeliones que da sentido, unidad y coherencia a su relato, pero que vuelve incomprensibles sus protestas de imparcialidad (p. XII). Apenas se preocupa por otras interpretaciones distintas a la suya, salvo su insistente rechazo a la idea de que los esclavos sublevados tuvieran intenciones abolicionistas, esto es, pretendieran suprimir la esclavitud como institución. Con ello, pienso, no hace otra cosa que espolear un caballo muerto. En cambio, he de subrayar la ausencia de una crítica más pausada (cfr. p. XII) de las posiciones defendidas por autores como Manganaro, Rubinsohn o Verbrugge, que han querido minimizar la importancia del elemento servil en las revueltas, vistas así como reacciones indígenas frente a la centralización romana. Textos como App. *B.C.* 1,116-117 (sobre la presencia de hombres libres en las filas de Espartaco) apoyan, en principio, ésta última opinión y aunque es verdad, como Bradley indica (p. 99), que Catilina no quiso alistar a esclavos en su ejército, basta recordar episodios como los tumultos populares ante la condena a muerte de la familia de Pendanio Secundo (Tac. *Ann.* 14, 42,2) para comprobar que la coincidencia de intereses entre esclavos y libres pobres distaba mucho de ser imposible.

Con acierto, inserta Bradley las sublevaciones de Sicilia y la de Espartaco en el marco más amplio de las formas de resistencia contra la esclavitud que conocemos tanto en la antigua Roma como en la América colonial y poscolonial. En este libro, el método comparativo deja de ser, por fortuna, un adorno, para convertirse en un instrumento útil en la búsqueda de respuestas. Bradley nos presenta una imagen (la de los cimarrones o, por utilizar el vocablo inglés que de él deriva, *maroons*) que debe servir como clave interpretativa, pese a que no haya testimonios directos de comunidades cimarronas en la Antigüedad, salvo el ejemplo de Quíos que nos ha conservado Ateneo y que probablemente haya que situar en el siglo III a. C. Pero sus intentos por hacer de este ejemplo aislado un caso representativo, válido también para Italia y Sicilia, no son convincentes. Como el propio Bradley señala en su capítulo primero, los estudios sobre la esclavitud moderna han subrayado que el cimarronaje (a diferencia del *petit marronage* o huida aislada) responde a unas condiciones precisas y no es un fenómeno recurrente en toda sociedad esclavista.

Sin embargo, lo más importante no es la ausencia de paralelos. Bradley se preocupa por dejar constancia de las diferencias que separan a las comunidades cimarronas de las rebeliones serviles, pero, aún así, retiene el paralelo porque le resulta útil para subrayar su hipótesis principal, a saber, que las rebeliones no fueron sino la respuesta espontánea a la crueldad del sistema, sin más ambiciones que la de conservar la libertad tan penosamente conseguida; que, en el fondo, la naturaleza de las rebeliones no era